

Ángel Gómez Moreno, *España y la Italia de los humanistas*, Madrid, Gredos, 1994, 387 pp.

Sólo el estudio detenido y riguroso puede conseguir a medio plazo arrancar algunos tópicos que han calado muy hondo en nuestra historiografía literaria. Uno de esos lugares comunes es sostener que en España apenas dejó sus huellas el humanismo italiano antes del siglo xvi. Sin llegar a las formulaciones extremas de un Hans Wantoch en su libro *Spanien, das Land ohne Renaissance* (Múnich, 1927), otros romanistas de más amplias miras como Robert Curtius (*Literatura europea y Edad Media Latina*) asentaron la idea de «El 'retraso' cultural de España» antes de examinar los numerosos testimonios humanísticos que nos brindan los documentos tardomedievales españoles. Pongamos algunos ejemplos aportados por Gómez Moreno. Una de las manifestaciones más características del humanismo español del Cuatrocientos como es el de las traducciones (que parece ser peculiar de España y que no se encuentra en ningún otro país semejante abundancia) fue prácticamente ignorado por R. R. Bolgar en su libro *The Classical Heritage and its Beneficiaries* (Cambridge, University Press, 1954), que sin embargo se ocupó de destacar el papel de Inglaterra, Francia y Alemania. El amplio panorama de J. E. Sandys, *A History of Classical Scholarship* (Nueva York-Londres, Hafner, 1967), muy parco en referencias a España, sitúa inexplicablemente a Juan Luis Vives en el capítulo dedicado a la producción cultural de los Países Bajos. Son conocidas, por otro lado, las suspicacias que levantó en su día el título de María Rosa Lida *Juan de Mena, poeta del Prerrenacimiento español*, aun cuando la condición de «prerrenacentista» sólo se acomete en el último capítulo. Según parece, también en materia de humanismo España tenía que ser diferente a otros países europeos.

Pero no deben extrañarnos recelos tan llamativos. Sabido es que a finales del siglo pasado se negaba categóricamente la existencia de la épica castellana y, aun sin remontarnos a fechas tan alejadas, vemos que las actitudes no han cambiado tanto en otros dominios. En el terreno de las jarchas y de los orígenes de la lírica románica, donde los textos publicados por Stern o García Gómez parecían incontestables, todavía hay estudiosos como Hitchcock y Alan Jones que niegan con acusado énfasis el carácter de «primavera temprana de la lírica europea», que se viene concediendo a estas cancioncillas descubiertas hace cincuenta años. Parece ya superada afortunadamente, en el campo de la musicología, la creencia de que en España no se conoció la música francoflamenca hasta que Felipe el Hermoso vino acompañado de su capilla musical en sus dos viajes a España a principios del siglo xvi; los esfuerzos denodados de

Higinio Anglés a mediados del presente siglo y de algunos musicólogos como Robert Stevenson, David Fallows o Tess Knighton han probado (con las escasas reliquias musicales conservadas, referencias indirectas y elementos estilísticos) que España no estaba desligada musicalmente de Europa en el siglo xv. Parecida, pero más reciente, es la polémica que se libra en torno a la existencia o no existencia de un teatro medieval castellano. Pocos siguen ya los postulados intransigentes de Humberto López Morales en *Tradicción y creación en los orígenes del teatro castellano*; hace poco Ángel Gómez Moreno puso sobre el tablero de la crítica numerosas referencias sobre actividades teatrales y parateatrales (*El teatro medieval castellano en su marco románico*, Madrid, Taurus, 1991) y todavía una reseña cargada de prejuicios (de Maria Grazia Profeti) prefiere ignorar negando la condición de teatral a un buen número de testimonios aportados.

Con su libro *España y la Italia de los humanistas (Primeros ecos)* el profesor Ángel Gómez Moreno viene a llenar una importante laguna en los estudios hispánicos. Contábamos con los estudios de Sanvisenti, Benedetto Croce y Farinelli, ya muy alejados en el tiempo. Mucho más reciente es el libro de Ottavio Di Camillo *El humanismo castellano del siglo XV* (Valencia, Fernando Torres Editor, 1976), que se detiene ampliamente en autores como Alonso de Cartagena, pero deja de lado muchas manifestaciones. Sin embargo, ninguno de los autores mencionados se había ocupado de rastrear tan pormenorizadamente las huellas que dejó el humanismo en la Península Ibérica desde finales del siglo xiv hasta principios del xvi; el hecho sorprende especialmente debido al interés y la trascendencia del tema. En los veinte densos capítulos del libro Gómez Moreno da respuesta, con encomiable generosidad, a quienes se han mostrado reticentes a aceptar que en España, en medida no menor que en Francia, Alemania o Gran Bretaña, los ideales del humanismo fueron conocidos y cultivados antes del siglo xvi. El lugar común de que «España fue la excepción», sustentado por muchos estudiosos, es reinterpretado sagazmente por Gómez Moreno invirtiendo sus términos: «ciertamente, la peculiaridad española estriba en que nuestra Península no sólo se aprovechó de las aportaciones de los humanistas italianos, como en el resto de Europa, sino que en gran medida supo asimilar su misma esencia nacionalista» (p. 20). ¿Cómo interpretar si no, la reivindicación de Séneca junto a Cicerón, de los emperadores oriundos de Hispania o de las antiguas ciudades españolas como Mérida o Numancia?

No se podrá decir que el influjo del humanismo en las letras peninsulares no ha interesado a los investigadores españoles y extranjeros, pues se han descubierto numerosos testimonios que han generado abundantes estudios particulares en las últimas décadas; ahí están las 607 notas a pie de página del libro de Gómez Moreno, plagadas de referencias bibliográficas, que dan buena cuenta de esta dedicación. Pero también es cierto que muy pocos medievistas estaban en condiciones de acometer con éxito una monografía de este calado: al necesario control bibliográfico de materiales tan dispersos, había que añadir el conocimiento detallado y directo de gran parte de los manuscritos e incunables que contienen nuestras bibliotecas y archivos. La especial contribución de Gómez Moreno en las sucesivas entregas de la *Bibliography*

of *Old Spanish Texts* (BOOST), y luego en el *Archivo Digital de Manuscritos y Textos Españoles* (ADMYTE) hacían de él la persona idónea para emprender esta tarea. No acaban aquí las cualidades de nuestro investigador: si su estudio no se hubiera fundado en un conocimiento sólido del humanismo italiano, el trabajo hubiera resultado endeble. El autor de una obra como *España y la Italia de los humanistas* sólo podía serlo un romanista de sólida formación. Por las páginas del libro vemos aparecer y reaparecer a Dante, Petrarca y Boccaccio, pero también a Beccadelli y Alberti, a Mussato y Bartolomeo Facio, a Biondo y Filelfo, a Guarino de Verona y Annio de Viterbo, a Gasparino y Guiniforte Barzizza, a Bruneto Latini y al Cerdenal Bessarion, a Crisolaras y Eneas Silvio Piccolomini, a Bracciolini y Bruni, a Angelo, Pier Candido y Uberto Decembrio, a Gianozzo Manetti y Pomponio Leto, a Lorenzo Valla y Coluccio Salutati, y a varios humanistas más.

Una de las virtudes más relevantes de *España y la Italia de los humanistas* se manifiesta en la abundantísima información que nos proporciona. Aunque muchos de los datos proceden de estudios ajenos (es confesada a menudo la deuda con Peter Russell, Brian Tate, Jeremy Lawrance o Francisco Rico), algunos de difícil acceso, un buen número de referencias son de primera mano, de la propia cosecha investigadora de Gómez Moreno; son descubrimientos personales, apuntes de futuros artículos o esbozos de investigaciones que alguien tendrá que realizar con mayor detenimiento. Precisamente por ser tan abigarrada la información, un sumario de su contenido, además de inútil para el filólogo, puede dar una idea demasiado elemental de la naturaleza de la obra; con todo, no renunciaré a enumerar, capítulo a capítulo, los aspectos sobre los que Gómez Moreno fija su atención.

Partiendo de la primacía italiana en el Trecento (cap. I), se puede atestiguar en España desde principios del siglo xv una aclimatación paralela de los gustos por el mundo clásico; así se desprende de que «los títulos presentes en las bibliotecas españolas del siglo xv difieren bien poco de los que habían llenado los momentos de ocio de Francesco Petrarca (1304-1374)» (p. 40). El pensamiento humanístico parte de unos presupuestos lingüísticos de vital importancia (cap. II): la recuperación del griego en cuanto lengua olvidada; la depuración del latín, muy adulterado durante la Edad Media; la clara voluntad de dignificar y reivindicar las diferentes lenguas vernáculas. El hebreo, indispensable en la filología bíblica, hasta el siglo xvi no se constituirá en preocupación de los humanistas.

Los contactos personales y las sólidas amistades entre hombres de letras de Italia y España (cap. III) se revelaron como fundamentales para la entrada de las ideas humanistas. Son destacables las relaciones de Juan Fernández de Heredia (ca. 1310-1396) con Coluccio Salutati hacia 1390; la de Alonso de Cartagena con algunos de los más reputados humanistas (L. Bruni, P. Bracciolini, F. Pizolpasso, E. Silvio Piccolomini o P. Candido Decembrio); la de Nuño de Guzmán con G. Manetti; la de Sánchez de Arévalo con Pío II, Pablo II, Pomponio Leto, Bessarion y Nicolás de Cusa; la de Alfonso de Palencia con el Cardenal Bessarion; la de Íñigo Dávalos con Francesco Filelfo; la de Lorenzo Valla con Fernando de Córdoba, con el Cardenal Juan de Carvajal, con Jaime Serra y Juan de Lucena; la del Marqués de Santillana con Angelo

Decembrio y varios más, lo que le permitió tener pronto la versión latina de la *Iliada* traducida por Decembrio y Bruni. Más frecuentes fueron los contactos de los escritores de la Corona de Aragón que pasaron por la corte del Magnánimo y de su hijo Ferrante en Nápoles.

La enseñanza del latín en España (cap. IV) tuvo una base firme en las *Introductiones latinae* (1481) de Nebrija, deudoras de los *Elegantiarum linguae latinae libri sex* (ca. 1444) de Lorenzo Valla. La enseñanza del griego (cap. V), de muy escasa presencia en el siglo xv español, queda bien instituida hacia 1490 en Salamanca cuando Aires Barbosa ocupó la cátedra de griego, sin menoscabo de algunos testimonios tempranos en la Corona de Aragón.

La reivindicación de las lenguas vernáculas (cap. VI) figuraba dentro del ideario humanista. Es significativa en este punto la exaltación de la lengua nacional por parte de Juan de Lucena en un pasaje de su *Diálogo de vida beata* y varias alabanzas al castellano frente a otras lenguas románicas. No obstante, como luego reconocería Juan de Valdés en su *Diálogo de la lengua*, los italianos de finales del siglo xv (con Dante y Petrarca ya en la imprenta) tenían motivos para mostrar orgullosamente su hegemonía en Europa (cap. VII). Hubo momentos en que Lucano, Séneca y Quintiliano se reivindicaron como españoles, lo mismo que los emperadores Adriano y Trajano (cap. VIII). A pesar de los escasos testimonios que se conservan de las poéticas castellanas medievales, lo más probable es que el Marqués de Santillana y otras mentes cultivadas conocieran las ideas literarias de los humanistas (cap. IX). Algunos géneros como la *oratio* (cap. X), la epístola humanística (cap. XI) y el diálogo (cap. XII) manifiestan afinidades con el patrón clásico. Las *dicta sapientium*, *excerpta* y *poliantheas* (cap. XIII) eran por lo general rechazadas por los humanistas como inaceptable sucedáneo frente a la lectura directa de los clásicos; sin embargo, se hizo frecuente su manejo a finales de la Edad Media como se atestigua por la existencia de manuscritos e impresos, y por el uso tan admirable que se hizo de ellas en obras como *La Celestina*. En el género de las biografías y las galerías de hombres ilustres (cap. XIV) las deudas con los humanistas italianos son a veces evidentes; Hernán Pérez de Guzmán, por ejemplo, confiesa en el prólogo de sus *Generaciones y semblanzas* que sigue el modelo en la primera parte de la *Estoria Troyana* de Guido de Columna.

Muy interesante, por lo infrecuente en estudios sobre el humanismo español, es el capítulo dedicado a la pasión por los «*vetera vestigia*» (cap. XV) que empezó a manifestarse en la aparición de estudios sobre Arqueología, Numismática y Epigrafía. No hubo en España la fiebre que se registró en Italia por encontrar las reliquias y los documentos de los escritores antiguos (pasión que en algunos casos como el del Magnánimo revela cierto infantilismo y credulidad), pero sí que se puede atestiguar la afición del Marqués de Santillana a las antigüedades y la llegada a España de obras de temática arqueológica. En algunos casos (cap. XVI), como el de Joan Margarit (servidor de Alfonso V de Aragón y Obispo de Gerona) se manifiesta el espíritu nacional al mostrar un acusado interés por las ruinas de Sagunto, Numancia, Rosas o Ampurias. El pasado cultural (cap. XVII) se identifica en España con el pueblo visigodo, lo mismo que en Francia con la monarquía merovingia de

Carlomagno; las trayectorias históricas de estos dos pueblos, y especialmente la presencia de los árabes en España, les diferencian netamente de Italia, donde los pueblos germánicos eran valorados únicamente por su poder aniquilador, en tanto que su identidad la buscaban en los ideales políticos de la antigua Roma. Las alabanzas de las propias ciudades, tan comunes en Italia, calaron en alguna medida en España (cap. XVIII) y dio lugar a que se ponderasen las virtudes de algunas ciudades como Mérida o Zamora (aunque ésta frecuentemente confundida con Numancia).

De trascendental importancia para la irradiación de los ideales humanistas fueron los contactos personales motivados por los viajes (cap. XIX). La creación del Colegio Español en la Universidad de Bolonia (1369), a pesar de que el humanismo no estuvo muy vinculado a las aulas universitarias, tuvo que facilitar muchas relaciones. Lo mismo cabe decir de los concilios de la primera mitad del siglo xv, a los que asistieron obispos españoles y personas cultivadas. En la época de los Reyes Católicos son relativamente frecuentes las visitas a España de humanistas italianos, generalmente como profesores, atraídos por el halo de poder y de riqueza; tal es el caso de Lucio Marineo Sículo y Pedro Mártir de Anglería, como figuras más señaladas, pero fueron bastantes más. Los libros de viajes (cap. XX) evolucionaron a la par de los conocimientos geográficos y éstos asimilaron a menudo contenidos historio-geográficos. Un importante trasiego cultural se establece entre Italia y España a finales del siglo xv; se hacen frecuentes las *Imago mundi* y la cartografía experimenta un apogeo inusitado en una época de señalados descubrimientos.

El desarrollo de todos los aspectos enumerados no significa que Gómez Moreno dé por agotada la materia de estudio. Por ello en el epílogo anuncia una segunda parte de la obra donde tendrían cabida temas como la huella en las artes plásticas, el mito de la milicia antigua, la reivindicación de la vida civil en sus varias formas o la producción del libro desde comienzos del siglo xiv.

Una lectura rápida de *España y la Italia de los humanistas* podría hacer creer, partiendo de las numerosas huellas descritas, que el autor postula la presencia de un humanismo vastamente desarrollado en la literatura española del siglo xv. Nada más lejos de la realidad: el autor matiza a cada paso sus afirmaciones, admite con frecuencia la poligénesis y data (a veces en época tardía) cada una de las conquistas. Harto elocuente de su postura moderada es el subtítulo del libro «*Primeros ecos*», aun cuando en algunos casos (Santillana, Mena, Cartagena, Nebrija) cabría hablar de personalidades con voz propia.

Sin duda, habrá muchos ecos del humanismo que duerman aún en los plúteos de nuestras bibliotecas y archivos. El propio Gómez Moreno, en la corrección de pruebas de otoño de 1993, incluye una «Addenda» (pp. 32-35) con un buen número de fichas bibliográficas que le han llegado a última hora. Sin embargo, es poco probable que se vean modificadas las tesis con las que ha trabajado el autor. No se podrá ya alegar que las huellas humanísticas en España son más escasas que en otros países europeos. Tampoco se cuestionará la impronta nacionalista que adquieren hacia finales del siglo xv los ideales humanistas españoles. La poligénesis explicará sin duda muchos fenómenos, previsibles en dos países con tantos factores coincidentes. La convivencia sin traumatismos,

en fin, de la tradición medieval con la de los humanistas tampoco se dirá que fue muy distinta en Italia y en España, en contra de lo que se venía repitiendo.

Una obra como *España y la Italia de los humanistas* ha de ser libro de cabecera para cualquier investigador del humanismo peninsular en el siglo xv; por eso mismo sería muy deseable que el autor se tomara el trabajo de incorporar en una edición futura los testimonios que la investigación vaya desvelando. Quizá parezca poco pertinente pedirle esto ahora que acaba de aparecer el libro, pero una obra con este título está condenada a ser más o menos incompleta y estoy seguro de que la actividad investigadora de Gómez Moreno (y de la crítica en general) recuperará en pocos años nuevas huellas del humanismo en España. Así la obra llegará a ser, si no lo es ya, una *summa humanistica* del Cuatrocientos español.

En una edición tan pulcra como ésta, hay una errata que probablemente pasará desapercibida y quiero corregir aquí. En la nota que figura en la solapa de cubierta se da como fecha de nacimiento de Ángel Gómez Moreno 1953; debe corregirse por la verdadera: 1959. Demos al César lo que es del César: una obra como ésta, que sería esperable después de largos años de investigación, es el fruto maduro de un investigador joven, de asombrosa versatilidad y solvencia, capaz de sorprendernos con obras tan ambiciosas como la que acaba de reseñar.

VÍCTOR DE LAMA

Universidad Complutense de Madrid

María Wenceslada de Diego Lobejón, *El Salterio de Hermann el Alemán. MS Escorialense I-j-8. Primera traducción castellana de la Biblia*, Valladolid, Universidad, 1993, 175 pp.

En los manuales de historia literaria y de historia lingüística no es común reconocer explícitamente la extraordinaria importancia que las traducciones bíblicas medievales tienen en la génesis de la prosa romance. El general literalismo de los romanceamientos resta mérito en la consideración del investigador a tales textos. Y sin embargo, la influencia que tales versiones ejercieron en los aspectos verbales de la literatura castellana, pareja del eco de los contenidos, aconseja su lectura y estudio, de por sí y en contraste con sus modelos latinos o hebreos. A este conocimiento contribuye el trabajo que aquí nos ocupa, la edición del Salterio de Germán el Alemán (MS Esc. I.I.8) por María Wenceslada De Diego Lobejón.

El texto que presenta De Diego no es inédito, pues desde hace una década contamos con la publicación de todo el MS Esc. I.I.8 gracias al profesor M. G. Littlefield (Madison, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1983), quien también llevó a término la publicación del romanceamiento bíblico castellano de principios del s. xv contenido en Esc. I.I.4 iniciada por O. H. Hauptmann (vol I, 1953; vol II, 1987). Incomprensiblemente, De Diego no menciona la publicación de Littlefield (a la identificación de las versiones castellanas medievales de la Biblia, ciertamente escasas, no contribuye la veleidad de los in-